

# ADOLESCENCIA RELIGIOSA

por Ignacio Martín-Baró

Es corriente hoy escuchar en conferencias, o leer en libros o artículos de actualidad, la afirmación de que el cristiano ha llegado a la edad adulta, y traer la famosa cita de Bonhoeffer como confirmación. A lo cual, yo me suelo decir a mí mismo: «No a la adultez, sino a la adolescencia. No a la madurez, sino a la crisis juvenil.»

Con esta afirmación no desearía ofender a nadie, y, desde luego, no pienso romper ninguna lanza por mantenerla. Me limito a señalar un fenómeno, con independencia de la valoración que yo le pueda otorgar. Y cuando hablo de un fenómeno, no hablo de algo que haya leído, o que conozca de oídas. Si algo he hecho en mi vida, ha sido viajar. He podido conocer de cerca desde el cristianismo más «conservador» de Latinoamérica (respétemos el latino, usado por los propios latinoamericanos, en lugar de poner nuestro hispano, que a menudo se ha quedado en palabra huera) hasta los más «avanzados» movimientos cristianos de Estados Unidos, Alemania u Holanda. He tenido la oportunidad de escuchar y conversar con cristianos y teólogos de una y otra tendencia, paritos conciliares o curas de aldea. Por ello creo que tengo un cierto derecho a hablar de un fenómeno, sin temor a equivocarme, o a generalizar abusivamente.

Se me podrá argüir también que la imagen es más brillante que significativa. Es posible. No se pueden trasladar complejas realidades humanas, cargadas de profundidad teológica, a un plano psicológico, sin podar muchos de sus matices. Sin em-

bargo, también es verdad que una imagen familiar puede ayudarnos mucho a comprender ciertos aspectos de una problemática oscura.

Pero entremos en materia. He dicho que no me parece que el cristiano haya llegado a su edad adulta, como se suele afirmar, sino a la crisis de adolescencia. En efecto, en todo adolescente podemos distinguir (muy sumariamente) dos tipos de fenómenos: los unos externos, los otros internos.

Externamente, el adolescente se caracteriza por un desequilibrio e inquietud corporal. La armonía del niño de diez a doce años se ve de pronto quebrada por un desarrollo desigual. El adolescente siente que tiene unas piernas o unos brazos demasiado largos que no sabe dónde colocar. Su piel, hasta ahora sonrosada y lisa, se ve invadida un día por el terrífico acné (ante la desesperación materna). A menudo experimenta que no puede dominar ni su propia voz, y que, en vez de hablar, le salen «gallos». Todo esto acompañado de una serie de altibajos fisiológicos, de sensaciones y dolencias hasta entonces desconocidas.

Estos rasgos externos, ¿no es verdad que se encuentran —salvadas todas las distancias salvables— en la vida actual del cristiano, de la Iglesia? Aquí y allá se sienten crecer desmesuradamente unos miembros, con los que no se sabe qué hacer o dónde colocar: grupos de laicos o sacerdotes, que organizan movimientos revolucionarios, se apoderan de catedrales o dejan los seminarios vacíos. El acné de sacerdotes que cuelgan sin más los

habitos y se juntan con una compañera, es cuestión de todos los días. Se quiere seguir hablando, y salen «gallos»: la liturgia que busca y cambia, pocas veces a satisfacción siquiera de unos pocos. Surgen misas «beat», misas «a go-go», misas «banquete»... Junto a ello, no se sabe qué hacer con cristianos que se dicen «ateos», hombres que dicen tener fe, pero no creen en la religión, sacerdotes que comulgan con Marx o Lenin; y se van descubriendo dolencias hasta ahora desconocidas —como el enajenamiento absoluto del mundo obrero con respecto a la Iglesia, o la apatía más radical por la misión.

Pero los rasgos internos son todavía más profundos. Sirvan, como ejemplo, dos características, totalmente propias de la adolescencia. La una es la actitud sistemáticamente rebelde. Con esta rebeldía frente a toda autoridad, el adolescente pretende afirmarse como persona, trata de borrar en sí todo resto de infancia y se esfuerza por encontrar su propia personalidad. La otra característica (muy ligada a la anterior) es su intento por encontrar un lugar en la sociedad establecida —de donde de sus primeros escarceos sociales, amorosos o, incluso, políticos—. En resumen, el adolescente se encuentra en la ambivalencia turbadora de no ser ya un niño, pero tampoco un adulto, una persona mayor.

Trasladamos estas dos características al cristianismo actual. Y, ante todo, la rebeldía. ¿Es necesario demostrarla? Bastaría acudir al caso de los obispos, quienes sienten cada vez más difícil

el apelar a la simple obediencia de sus fieles. Pero tal vez sea todavía más sintomática la reacción que ha producido la última encíclica papal, la «Humanae Vitae». Todos sabemos que, en el fondo, el problema fundamental que se debate a propósito de ella no es el de «píldora sí» o «píldora no». Lo que está en juego es cierta concepción de la autoridad papal. Estaremos o no de acuerdo, pero el hecho es que el cristiano actual se rebela contra una autoridad papal ejercida demasiado verticalmente.

La segunda característica es también evidente. La Iglesia (el cristiano) reconoce que el mundo contemporáneo se le ha ido de las manos, y hace esfuerzos por adaptar su mensaje y su función al hombre contemporáneo. La Iglesia busca su integración en el mundo de hoy, y ahí están sí no, para probarlo, los documentos del Vaticano II. Esfuerzos tímidos, escarceos inseguros, sobre todo cuando tiene que enfrentarse con problemas en los que le va su propia seguridad, como es el de la justicia social, el del compromiso político o el de la secularización de toda la sociedad.

He aquí algunos de los hechos que me inclinan a afirmar que el cristiano no ha llegado a su adultez, sino a su adolescencia (y estamos entrando en el «climax» de la crisis). No es este el momento para hacer una valoración de este fenómeno, valoración sumamente compleja, por otra parte. Me limitaré a hacer dos observaciones.

La una —obvia, pero que no viene mal recordar— es que la adolescencia constituye un proceso irreversible, un paso necesario para la adultez. Es ingenuo e inútil pensar o intentar revertir el proceso, tratar de volver a la infancia. La otra, es una reflexión personal. Todos sabemos cómo hay que proceder ante el adolescente, más aún, cómo debe proceder el mismo adolescente: paciencia y optimismo, lo que exige mucha confianza (en términos cristianos, mucha fe). Y también mucha sinceridad en la discusión de los problemas, es decir, en el diálogo —algo más fácil de predicar a los demás que de practicar personalmente.

Diario Regional  
2 - Noviembre - 1968